



EL VALLE DEL HIERRO

Ane Odriozola

En el siglo XVI el poder lo ejercían las grandes familias,
pero una nueva desaparición hará que dos mujeres
impongan la única ley posible, la ley del valle

NdeNovela

ANE ODRIOZOLA

El valle del hierro

NdeNovela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Ane Odriozola, 2024
www.aneodriozola.com

© Editorial Planeta, S.A., 2024
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: marzo de 2024
Depósito legal: B. 2.473-2024
ISBN: 978-84-10140-03-5
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo
Printed in Spain - Impreso en España



Vitoria, septiembre de 1577

A Ginés Ruiz de Azúa no le gustaba cerrar su taller de zapatería más tarde de las seis. Después de recogerlo todo, todavía le quedaba la caminata hasta Betoñu, la aldea donde había nacido y adonde se había ido a vivir con su mujer cuando la ciudad se había convertido en un lugar insoportable para ella. Aunque hacía algunos años que ella ya no estaba con él, allí se respiraba una tranquilidad imposible de encontrar en Vitoria, y eso era lo que él necesitaba en la recta final de su vida: tranquilidad.

Pensó en dejar la labor que estaba haciendo para más adelante, pero los zapatos que le habían encargado arreglar eran los de doña Mariana de Isunza, la viuda de un escribano. Doña Mariana era una de sus mejores clientas, y Ginés sabía que no le gustaba que la hicieran esperar. Habían quedado en que su criado pasaría a recogerlos en tres días. Por eso decidió adelantar parte del trabajo y ponerles una suela nueva, a pesar de saber que no saldría a la hora acostumbrada. Con ese trabajo adelantado, todavía le quedaban un par de días para darles una buena capa de cera y dejarlos a punto.

Quedó satisfecho con el trabajo realizado. Era un buen maestro zapatero y lo había demostrado a lo largo de los casi cuarenta años que llevaba ejerciendo la profesión. Después de cerrar el taller que regentaba en la calle Zapatería y con

la cintura resentida por las interminables horas que pasaba cortando, remendando y cosiendo —y, sin duda, también por la edad—, se dirigió al cantón de la Soledad para después adentrarse en la calle Correría y continuar, dirección norte, hasta llegar a la iglesia de Santa María. Se santiguó delante de la portada de Santa Ana y siguió su camino hasta salir de la ciudad por la puerta de Urbina. Con las murallas a su espalda, aceleró el paso para llegar, antes de que anocheciera, a Betoñu.

Su casa no era más que una cabaña que su mujer y él habían acondicionado, y estaba situada en la parte oeste de la aldea, en un lugar bastante aislado y tranquilo, a casi dos leguas del taller artesanal de Vitoria.

Aquel día, según se iba acercando a la aldea, se dio cuenta de que algo iba mal. La puerta de su cabaña estaba abierta de par en par. «¿Ladrones?», pensó mientras notaba cómo su corazón comenzaba a bombear con fuerza. Él no estaba preparado para lidiar con ningún ladrón. A su edad, no tenía ninguna intención de enfrentarse a nadie, y mucho menos por lo que se pudieran llevar. Era mejor echarse a un lado y permitir que le robasen antes que encararse con ellos y sufrir algún tipo de agresión.

Se acercó sigilosamente para descubrir si quienquiera que hubiera dejado la puerta abierta seguía aún dentro. Se asomó sin hacer ruido y echó un vistazo. Estaba oscuro y apenas podía ver el interior. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, comprobó que todo parecía estar en su sitio. Con mucho cuidado, entró y lo revisó con más detalle. Fue entonces cuando se dio cuenta de que alguien se había colado en su casa y se había llevado algo: comida. Supo que estaba en lo cierto cuando vio las migas de pan sobre el suelo de arcilla. «Un ladrón hambriento», pensó ya más tranquilo. Quiso asegurarse de que lo demás estaba en orden y se dirigió a la única habitación de la estancia, pero nada más dar dos

pasos, recibió en el brazo el mayor mordisco que había recibido nunca.

—¡Aaay! —gritó.

Se giró rápidamente y pudo ver una sombra escondiéndose detrás del escaño de madera de la cocina, donde se solía sentar a comer. Por el tamaño, supuso que sería un animal, aunque no sabría decir cuál. Instintivamente, se agarró la herida del brazo con la mano contraria y se dio cuenta de que estaba sangrando. Los dientes del animal se le habían quedado marcados en el brazo, unos dientes extrañamente pequeños. Debía limpiarse la herida y taparla con algún paño, pero antes debía sacar al animal de su casa.

Se acercó a la habitación y cogió la vara de avellano que solía utilizar de bastón cuando nevaba y el camino hasta Victoria se volvía complicado. Se acercó a la cocina y dio varios golpes al suelo con la vara, pensando que, con el ruido, el animal reaccionaría y saldría por la puerta, que seguía abierta de par en par. Lo repitió varias veces, pero no dio ningún resultado.

—¡Maldito animal! —se quejó—. Pues si no sales de ahí, te vas a llevar un varazo que ya verás.

Se acercó aún más, levantó la vara por encima de su cabeza y, cuando iba a lanzarla con todas sus fuerzas, el animal se le abalanzó volcando el escaño y arañándole ambos brazos con sus garras. Ginés le dio un empujón y lo tiró contra la pared. Volvió a coger la vara del suelo para asestarle unos varazos, pero este salió corriendo por la puerta. Fue entonces cuando lo pudo ver mejor, y se quedó de piedra cuando se dio cuenta de que su atacante, en lugar de un animal, era un niño.

Lo siguió con la mirada hasta verlo desaparecer y pensó que era muy pequeño para haberlo atacado de aquella manera. ¿Cuántos años podía tener? ¿Cuatro? ¿Cinco? Entró de nuevo en la cabaña y se limpió las heridas. Escocían. Después

recogió el escaño del suelo, lo puso en su sitio e intentó olvidar lo ocurrido. Se cambió de ropa y se fue a la cama sin cenar apenas. Según iba cumpliendo años, se daba cuenta de que cada vez necesitaba comer menos para vivir.

No habría pensado más en aquel altercado si no hubiera sido porque, a la mañana siguiente, el niño volvió. Nada más levantarse, Ginés se llevó un susto de muerte. La puerta estaba de nuevo abierta de par en par y el niño había entrado en la cabaña. Cuando vio que Ginés se acercaba a él, levantó los brazos y puso sus manos como si fueran garras.

—Tranquilo, tranquilo —le dijo el artesano mostrándole las palmas de las manos en son de paz—. No te voy a hacer nada.

Ginés avanzó lentamente y, según se fue acercando, se dio cuenta de que no era un niño, sino una niña. Tendría unos cuatro años, la tez morena y unos ojos muy grandes, negros como el tizón. Sus ropas estaban sucias y el pelo, algo enmarañado, lo tenía pegado a ambos lados de la cara.

—¿Quién eres y cómo has terminado aquí? —le preguntó el artesano utilizando un tono de voz muy suave.

La niña no contestó. Lo miró desafiante y le mostró los dientes, los mismos que el día anterior le había clavado en el brazo.

—Tranquila. No tengas miedo —le dijo el artesano, aunque era consciente de que, a juzgar por lo sucedido la noche anterior, era él quien tenía que temer a la niña.

Uno frente al otro y sin saber muy bien qué hacer, Ginés optó por ofrecerle algo de comer. Abrió el zurrón en el que guardaba la comida y sacó el trozo de queso que había comprado el día anterior en el mercado. Cortó un par de trozos, sacó también el pan elaborado por su amigo el panadero y se lo ofreció a la niña. Ella, desconfiada, se acercó sin bajar la guardia. Cogió un trozo de cada y se los llevó a la boca. Ginés le ofreció más y, en menos de dos minutos, ella lo devoró todo.

—Tienes hambre, ¡eh! No te preocupes. Eso lo arreglo yo en un santiamén.

Bajo la atenta mirada de la niña —cada vez más tranquila y menos recelosa—, Ginés cortó unas rebanadas más de pan y las untó con mantequilla y miel. Después calentó la leche que le solía traer tres veces por semana su vecina Gabriela y se lo ofreció todo a su pequeña invitada, que no paró de comer hasta habérselo terminado todo.

—¿Cuánto hace que no comías? —le preguntó el viejo.

La niña lo miró con los ojos bien abiertos, ya sin ningún vestigio de miedo, pero no dijo nada.

—¿Y cómo has acabado aquí? ¿Dónde están tus padres?

La pequeña, sin contestar a su pregunta, se dio la vuelta y se marchó.

Al día siguiente la escena se repitió, pero esta vez la niña no apareció hasta la noche. Para cuando Ginés volvió del taller, lo estaba esperando en la puerta. Volvió a comer todo lo que el artesano le ofreció y, cuando terminó, se sentó junto al fuego.

—Deberías irte —le dijo él al cabo de un rato—. Tu familia debe de estar muy preocupada.

La niña no dijo nada. Extendió las manos y las calentó acercándolas a las llamas.

—Iré a buscarlos para que puedas volver con ellos, ¿de acuerdo? No te muevas de aquí, enseguida volveré.

Ginés no estaba nada tranquilo. Los padres de la niña la estarían buscando y tenían que saber que estaba bien. Cogió el candil y salió de la cabaña. Había oscurecido y fuera apenas se veía nada. Dio varias vueltas por los alrededores, pero no vio ni oyó a nadie. Al cabo de un rato de búsqueda infructuosa, volvió y encontró a la niña dormida. Se había acurrucado junto al fuego y dormía plácidamente.

Aunque dudó, decidió no despertarla y dejar que pasara allí la noche. Cogió una pequeña almohada y, con mucho

cuidado, la colocó debajo de su cabecita. La tapó con una manta y, después de pasar un buen rato escuchando la respiración pausada de la pequeña mientras dormía, se marchó a la cama.

—Mañana será otro día —dijo—. Y hoy ya poco más puedo hacer.

Legazpia, septiembre de 1577

Asencia se despertó sobresaltada. Pocas veces recordaba lo que había estado soñando, pero supo que había tenido un sueño agitado porque aún notaba su respiración acelerada. Extendió el brazo derecho buscando a su marido, pero el otro lado de la cama estaba frío. No había oído a Domingo llegar a casa la noche anterior, ni tampoco levantarse.

Se desperezó y salió de su habitación, que comunicaba directamente con la cocina. El fuego estaba apagado. Se dirigió a la alacena empotrada en el muro de la cocina, el único armario del caserío Harria, y comprobó que todo seguía en su sitio. Su marido se había marchado sin desayunar.

Cada vez más convencida de que había querido evitarla, preparó el desayuno y fue a despertar a su hijo Pascual, de diecisiete años, el único que aún vivía con ellos. Antes de volver a la cocina, pasó por la cuadra, el espacio más grande del caserío, situado junto a las habitaciones, y echó un vistazo.

—Me estoy empezando a preocupar —le dijo a su hijo—. Creo que tu padre no volvió a casa anoche.

—¿No ha dormido aquí? —se extrañó él.

—Si lo ha hecho, se ha tomado la molestia de no hacer ningún ruido para no despertarme, algo raro en él. Los animales están en la cuadra y los comederos están vacíos. Es lo primero que hace por las mañanas, llenarlos.

Pascual se levantó de la mesa y fue directo a la puerta principal del caserío. La empujó y esta cedió.

—No está cerrada por dentro. Padre siempre la cierra cuando nos vamos a dormir.

—¿Dónde demonios se ha metido este hombre? —preguntó Asencia entre preocupada y enfadada.

—¿Lo viste anoche?

—Sí —aseguró ella—. Llegó muy tarde de la reunión en Mutiloa y dijo que tenía que salir de nuevo.

—Qué raro.

—A mí también me extrañó, pero ya sabes cómo es tu padre. Lo único que dijo es que tenía que ir a la ferrería de Mirandaola. No sé qué sería tan urgente que no podía esperar a hoy.

—Por estas fechas es cuando suele firmar el contrato con los Plazaola. Quizá fue a eso —dijo Pascual para tranquilizar a su madre—. A lo mejor se entretuvo más de la cuenta en la ferrería y se quedó a dormir allí.

—Ya me extraña. —Asencia estaba convencida de que era imposible que hubiera preferido quedarse antes que volver a casa—. ¿Qué le cuesta, pues, venir de Mirandaola hasta aquí? ¿Cinco minutos?

—Si para el mediodía no ha vuelto, iré a buscarlo —le prometió para tranquilizarla.

Domingo era carbonero. Además de dedicarse a la agricultura, como actividad complementaria producía el carbón con el que se encendían los hornos de las ferrerías. Los dueños de estas contrataban a los carboneros para que cortaran la leña, la convirtieran en carbón y se lo entregaran a pie de horno. A cambio, recibían unos quintales de hierro por cada carga, disponían de una cabaña en el monte con las herramientas necesarias, mantas y otros enseres, y les proporcionaban ropa y calzado también. Las condiciones de trabajo se acordaban mediante contratos que firmaban las dos partes

con los requisitos a cumplir, como la cantidad de leña a carbonear, los plazos de entrega, las multas y sanciones en caso de no cumplirlos... Y muchas veces incluían una cláusula que prohibía al carbonero trabajar para cualquier otra persona.

Domingo Harria, llamado así por el nombre de su caserío, había producido carbón para muchas ferrerías, pero llevaba unos cuantos años trabajando para la familia Plazaola, propietarios de la ferrería de Mirandaola. Todos los años firmaba el contrato que lo comprometía a suministrar el suficiente carbón durante la temporada de trabajo de la ferrería, que empezaba a finales de septiembre y terminaba a finales de junio. Asencia sabía que el contrato para la siguiente temporada aún estaba sin firmar, pero Domingo ya tenía apalabrado con los Plazaola que seguiría suministrándoles carbón. El dichoso contrato tan solo era una formalidad, por lo que no entendía semejante urgencia.

Las horas siguientes pasaron muy lentamente. Cada vez más nerviosa y después de dar varias vueltas alrededor del caserío para ver si su marido aparecía por algún lado, a la hora de comer Asencia ya no aguantaba más.

—Le ha tenido que pasar algo.

Pascual se acercó a su madre y asintió. Él también había empezado a preocuparse.

—Ve a Mirandaola, hijo —le pidió ella—, y que te digan cuándo se marchó de allí.

El joven no tardó en volver. El último tramo del camino lo hizo corriendo y entró en el caserío con la respiración entrecortada.

—En Mirandaola dicen que padre ayer no estuvo allí —aseguró mientras recobraba el aliento.

—¡Cómo que no estuvo allí! —contestó ella alterada—. ¡Claro que estuvo! ¿Adónde iba a ir si no?

Totalmente desconcertados por la situación, decidieron recorrer el camino a la ferrería varias veces, gritando el nom-

bre de Domingo una y otra vez. Primero en línea recta y después dando varios rodeos, pero no lo encontraron. No había ni rastro de él y, teniendo en cuenta que no era la primera persona que desaparecía en la zona en los últimos meses, Asencia se empezó a temer lo peor.

—Ve a buscar a tus hermanas —le pidió a Pascual—. Tienen que saber lo que ha sucedido.

Pascual tenía tres hermanas mayores. Cuando la más pequeña de todas tenía ya seis años y convencidos de que no tendrían más hijos, llegó Pascual, el único chico y el que tomaría las riendas del caserío y del negocio del carbón cuando Domingo ya se sintiera demasiado cansado. Ninguna de las tres vivía ya en casa. La mayor se había casado dos años antes y las dos más pequeñas el año anterior. Domingo y Asencia les habían buscado buenos matrimonios, pero las dotes que habían tenido que abonar por cada una de ellas los habían dejado en una situación económica bastante delicada. Por eso era importante para Domingo no perder la oportunidad de trabajar como carbonero para los Plazaola.

Pascual se acercó, en primer lugar, al caserío de la menor de las tres, que era la que más lejos vivía, entre Legazpia y Zumárraga. Sin darle demasiados detalles, fueron a buscar a las otras dos, que vivían algo más cerca. En cuanto llegaron al caserío Harria, Asencia les informó de la desaparición del cabeza de familia —a ellas y a sus maridos— y decidieron organizarse para buscarlo cubriendo el máximo terreno posible antes de que anocheciera.

Recorrieron los alrededores y, entre todos, pudieron rastrear la zona con detalle. Buscaron en el río, en agujeros, entre arbustos, en la pendiente del monte..., hasta que se hizo de noche y tuvieron que abandonar por la escasa visibilidad. Para entonces se había corrido la voz por el pueblo y varios vecinos se habían acercado al caserío a prestar su ayuda. Entre ellos, Pedro de Olalde, íntimo amigo de la familia.

—¡Ay, Pedro! —En cuanto Asencia lo vio, se fundieron en un abrazo—. Gracias por venir. No tenías por qué hacerlo.

—¿Cómo no voy a venir? Sois mis amigos y mi obligación es venir a ayudar.

—Ya, pero lo de Joanes es muy reciente aún. Entiendo que no tengas fuerzas para volver a peinar la zona buscando, esta vez, a mi marido.

Asencia vio cómo se le humedecían los ojos. Joanes de Olalde, el hijo de Pedro, había desaparecido seis meses antes y no se sabía nada de él desde entonces. El chico tenía tan solo ocho años y el pueblo entero se volcó con la familia. Lo buscaron durante días, pero el esfuerzo no dio resultado. Poco a poco, la gente volvió a sus vidas y a la familia no le quedó otro remedio que asumir su pérdida, aunque Pedro seguía manteniendo la esperanza.

—Domingo ha sido la persona que más me ha ayudado desde lo de mi hijo. No solo me acompañó a buscarlo, también ha sido mi mayor apoyo en todo este tiempo. Lo mínimo que puedo hacer ahora es devolveros el favor. Además, quizá buscándolo a él podamos encontrar a Joanes.

Asencia lo volvió a abrazar. Sabía lo que suponía para Pedro tener que revivir la pérdida de Joanes. Desde entonces, apenas había sido capaz de volver a hacer una vida normal, mucho menos de trabajar, y había envejecido al menos diez años de golpe.

—En marzo desapareció el pequeño de los Olalde y ahora Domingo. Dos vecinos desaparecidos en seis meses. ¿Qué demonios está pasando? —oyeron decir a un vecino.

—Seguro que Domingo aparece —contestó Pedro—. Todo esto tiene que tener una explicación.

—Dios te oiga —dijo Asencia esperanzada.

Pedro se dirigió a todos los presentes y tomó las riendas de la situación, a pesar de que apenas se sentía con fuerza:

—Mañana por la mañana nos volveremos a reunir aquí. Si aún no ha aparecido, lo buscaremos otra vez.

Al día siguiente, aprovechando que era domingo, acudió el doble de gente al caserío Harria. Después de misa, se dividieron en grupos de dos o tres personas y peinaron toda la zona, alejándose aún más del caserío, pero a Domingo Harria se lo había tragado la tierra.

Los días siguientes continuaron buscándolo con el mismo ímpetu con el que habían buscado unos meses atrás al pequeño Joanes, pero fue en vano. Consciente de que no valdría de nada examinar una y otra vez lugares que habían sido revisados ya, Pedro decidió hablar con la mujer de su mejor amigo:

—Ya no sé qué más podemos hacer, Asencia.

—Últimamente andaba un poco raro —le explicó ella—. No dormía bien y estaba muy callado, pero de ahí a que desaparezca sin dar explicaciones...

—No tiene sentido —estuvo de acuerdo Pedro—. Haz memoria, piénsalo bien. ¿Qué es exactamente lo que te dijo aquella noche?

—Que venía de la reunión en Mutiloa y se iba a la ferrería de Mirandaola.

—¿Estás segura?

—Totalmente, y aunque me lo preguntéis otras docientas veces más, os seguiré diciendo lo mismo.

—Pues allí no llegó —se lamentó él.

—Sabes lo que eso quiere decir, ¿no? —concluyó la mujer—. Que algo debió de pasarle de camino a la ferrería. ¿Y sabes qué?

Pedro de Olalde imaginó la respuesta.

—Que no pararé hasta descubrirlo —sentenció ella.